

# La función poética

Pierre Reverdy

Traducción : Hugo Gola

¿Hay acaso en el mundo alguna palabra más cargada de significación y prestigio que la palabra poesía? ¿Existe, por el contrario, alguna otra que con tanta frecuencia sea tan mal usada y tan mal definida que se vuelva, por ello mismo, desconocimiento e irrisión? Habitualmente es la palabra la que sirve para dar significado y para definir las cosas, para aligerarlas de su peso, hacerlas livianas, móviles y maleables por mediación del espíritu. Ahora bien, parecería que en lo que a ella concierne, se ha preferido depositar todo el cuidado que hubiera correspondido a la palabra en la cosa. Se dice, por ejemplo, que tal cosa, o tal otra, es poética. Se cree comprender. Pero si uno intenta saber cómo y por qué una cosa u otra son poéticas, rápidamente advierte que ya no entiende. Y quizá ello se deba a que se ubica a la cosa que se quería designar en un lugar que no le corresponde.

*La poesía no está en las cosas* del modo como el color y la fragancia están en la rosa y de ella emanan. La poesía está en el hombre únicamente, y es él quien la deposita en las cosas y se sirve de ellas para expresarse. Es una necesidad y una facultad; es una necesidad de la condición humana, una de las más determinantes de su destino. Es una modalidad del sentimiento y una forma de pensar. Todo el mundo sabe y comprende que un poeta no piensa de la misma manera que un filósofo, un matemático o un sabio. Es decir, que las cosas tienen, en la realidad, otro valor para él, y que al contacto con ellas, su sensibilidad y su espíritu reaccionan de un modo totalmente diferente. Hay tantas formas de estar en el mundo como categorías de la sensibilidad y modalidades del espíritu.

Lo propio del poeta es pensar y pensarse en imágenes. Considerar las cosas en tanto pueden servir para la formación de imágenes, pues éstas constituyen su medio particular de expresión. Su facultad sobresaliente consiste en descubrir las

relaciones precisas, aunque no evidentes, que existen entre las cosas, aquéllas que son susceptibles de producir, mediante una aproximación violenta, una emoción, por un acuerdo imprevisto, que la presencia de las cosas por sí mismas no puede otorgar. Y es por la revelación de este vínculo secreto entre ellas, del que, hasta ese momento, no teníamos sino un conocimiento imperfecto, que la emoción específicamente poética se obtiene.

Emoción tanto más intensa, profunda y duradera puesto que no moviliza sólo a la sensibilidad, sino que requiere, en igual medida por lo menos, la connivencia del espíritu.

Esta concepción se opone a la de la poesía como vago estado sentimental, lo cual no quiere decir que los sentimientos no tengan nada que ver con la poesía, sino, más bien, que el papel del poeta consiste en aportar y suscitar lo nuevo, enriqueciendo de este modo el campo de la sensibilidad y el de la conciencia humanas, renovando así diversos aspectos de la realidad, y no simplemente en explotar aquellos que todo el mundo experimenta ante lo vivo.

Pues lo que se olvida, cuando se le reprocha a la poesía actual sus innovaciones, que chocan y producen escándalo, es que ella obedece simplemente a las exigencias de su función, ya que lo que vive debe renovarse para seguir viviendo, y todo lo que no se renueva perece. Estamos totalmente de acuerdo en que Villon es admirable, pero creo que nadie se animaría a sostener que hoy deberíamos escribir como Villon lo hacía.

Pero hay más. Si la poesía cambia de forma y de aspecto, si en cada época modifica sus medios de expresión para seguir viviendo y no ser una simple repetición de las mismas fórmulas inútiles, es porque este cambio cumple también otro papel, tanto más importante y vasto. Allí reside precisamente la prueba de su necesidad, y la explicación, la justificación, de su permanencia a través de las transformaciones aparentes del destino humano. Continúa, así, prestando la misma ayuda, ofreciendo la misma arma al servicio del hombre, a fin de que éste pueda conjurar, y, además, sostener y soportar, el peso de su implacable destino. Sin embargo, si hay en la poesía algunos elementos que se modifican constantemente, y que no pueden dejar de hacerlo, hay otros que no cambian nunca: el misterioso mecanismo por el cual el espíritu concluye en imagen. La facultad de descubrir aspectos concordantes en objetos

absolutamente independientes entre sí, separados en su naturaleza y que, en lo sensible, nada parecería aproximar, origina en el espíritu un tercer término, nueva realidad intelectual que abarca, también, la sensibilidad, ya que ésta es una facultad primitiva incapaz de distinguir por sí misma lo que se entiende por poesía, función, o sentimiento poético, si no es convenientemente iluminada. De este modo llegaremos a la comprobación de que la poesía, a diferencia de lo que muchos creen, no es algo superfluo, un lujo, un producto contingente y amable de una forma cualquiera de civilización que un día u otro podría desaparecer para dar paso a algún pasatiempo más serio. No me sorprendería tampoco que algunos la consideren como una simple manifestación de necesidad, de la que los hombres deberían no sólo prescindir sino también curarse, a fin de abordar con mayor seriedad los datos brutalmente afirmativos de lo real. Más sorprendente aún es comprobar que entre los que sostienen esta concepción figuran, aunque no se animen a confesarlo con claridad, personas destacables, que dedican su vida, casi por entero, a los cuidados de su espíritu o a actividades muy próximas a este modo de ser y de pensar. No, la poesía no es algo inútil y gratuito de lo cual fácilmente uno podría prescindir. Ella está en el comienzo del hombre, tiene sus raíces en su destino. Ahora bien, el destino surge del instinto y allí comienza el desarrollo de cada especie. Por él vuela el pájaro y la serpiente se arrastra. La poesía es el instinto del hombre que se halla precisamente entre el reptar y el vuelo. Su instinto de crear, de elevarse por encima de su condición, lo vincula a la tierra, pero sólo por la punta de los pies. Sin duda, este instinto de crear se manifiesta al principio por actos utilitarios: alimentarse, defenderse, abrigarse, pero, enseguida, también por actos más libres, como por ejemplo, el ejercicio del pensamiento, en apariencia cada vez más gratuitos. Digo en apariencia, puesto que no hay en el mundo nada absolutamente gratuito.

No faltan, en nuestros días, quienes consideran a la poesía una actividad inútil o frívola, pero ellos se equivocan. La poesía continúa vinculada al destino humano como lo estuvo siempre. Sirve al hombre y éste se sirve de ella, y, como siempre, ella continúa preservándolo de la realidad tal cual es.

En esta lucha contra lo real, se encuentra comprometida la conciencia humana y se afirma la utilidad del poeta. Allí nace la poesía. Ella sirve, no a algo particular a lo que se quería vincularla estrechamente o encadenarla, sino como expresión de la necesidad irreprimible de libertad que existe en el hombre. Sirve, entonces, con verdadera eficacia, a la propia liberación. La poesía ha sido siempre la consecuencia de la desdicha que ciertos seres experimentan de manera más intensa que otros, al contacto con lo real, con la inmaleable realidad. Es una tentativa de reducir lo real a algo más dúctil, más flexible, de modo tal que el hombre pueda darle forma, transformarlo, estrecharlo a su gusto. Mientras que los otros hombres, en su lucha con la realidad, se adaptan sin mucho sacrificio, sometién dose a ella, prosiguiendo sus objetivos sin sublevarse demasiado, el poeta pretende reducirla totalmente, pero sólo puede hacerlo, se sabe, en otro plano y con la ayuda de la palabra. Lo real, en efecto, no puede ser reducido más que en el plano del espíritu, del sueño y del pensamiento. ¿Podríamos decir, entonces, que el poeta es ese ser quimérico, que algunos creen, que se contenta con vivir en un mundo irreal, más o menos nebuloso, y que se conforma plenamente con esos movimientos imaginarios? No. Puesto que no es menos hombre por ser poeta, y aun diría que es un hombre más perfecto, puesto que es más sensible a la realidad que lo oprime, y experimenta, como ningún otro, la servidumbre. De esta servidumbre quiere liberarse, esforzándose por convertirla y dominarla.

La poesía tiene su origen en el contacto doloroso de lo real externo con la conciencia humana. En ese punto en que el hombre comprueba, asombrado, la superioridad de su conciencia ante las cosas —que no la tienen— y de las que es, en gran parte, su esclavo. Para someter las cosas a la conciencia, las nombra, y al nombrarlas se apodera de ellas y las domina. Pero sólo lo logra nombrándolas libremente y sometién dolas a su voluntad. Expresa así la realidad superior de su mundo interno.

El es su mundo. Al expresar ese mundo que inserta en la realidad exterior, gracias a las palabras de las que se sirve, impone su elección y somete a las cosas según su voluntad, o según su posibilidad, en un giro personal que lo libera de la

servidumbre. De ahí que el poeta, el artista en general, el creador de cualquier orden, exista ante sus ojos y ante la mirada de los otros, más en sus obras que en sí mismo. Su verdadero ser, el ser esencial que cuenta y trasciende fue proyectado hacia afuera.

No hay imágenes en la naturaleza. Únicamente hay imagen en la conciencia que se tiene de ella. La imagen es lo propio del hombre. El contenido normal del pensamiento es abstracto, informe y vaporoso. La operación mediante la cual se constituye la imagen consiste en un acto de atención voluntaria. El poeta, el espíritu del poeta es una verdadera fábrica de imágenes. Pero no es el uso utilitario y material que hace de las cosas lo que nos interesa, sino el modo en que su espíritu las aprehende y aquello en que logra convertirlas —y a él lo juzgamos según el resultado de esta conversión—, creando una sensación de nuevo acuerdo entre ellas y nosotros, que sin él no habríamos advertido.

Las cosas son lo que son, sin duda, y si se trata sólo del uso que se pueda hacer, o de la visión que se pueda tener de ellas, no es absolutamente necesario cambiarlas. Pero si se pasa de la visión a la descripción, de la percepción a la manifestación del efecto que produce en nosotros, entonces todo se modifica, y es a partir de allí que el acto poético puede ser definido: Ahora bien, el don poético no consiste, en absoluto, en tomar las cosas y devolverlas tal como ellas son, sino en tomarlas como en apariencia no son y hacer cosas que, en su interior no serán ya como ellas son por fuera, en su propio dominio, de modo que éstas sean conquistadas y adaptadas al ámbito de lo real interno, que es el del hombre, puesto que sólo él tiene el temible privilegio de conocer, aunque únicamente conozca —y muy mal— mediante la confrontación extendida y perseverante con la realidad exterior. El movimiento poético consiste entonces en esa tentativa temeraria de transformar las cosas del mundo exterior en cosas asimilables que podamos, íntimamente, integrar, ya que tal como ellas son nos resultan extrañas. Mediante ese movimiento nos vinculamos a las cosas y las aproximamos a nosotros. En esta comunión consiste, más que en ningún otro aspecto de la operación poética, la misteriosa conformación de la imagen. Ciertamente, en poesía no hay más que imagen. Un poema no está sólo constituido por imágenes, aun cuando

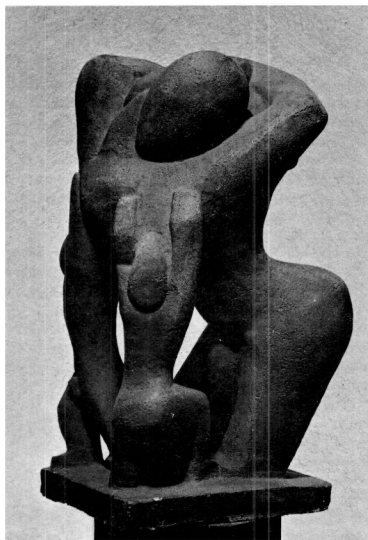
finalmente conforma una imagen compleja, inscrita como objeto autónomo de la realidad, una vez establecida. Pero la imagen es el medio de apropiación de lo real por excelencia si se trata de reducirlo a proporciones asimilables por las facultades humanas. Ella constituye el acto mágico de transmutar lo real exterior en real interno, sin el cual el hombre no hubiera podido superar nunca el inconcebible obstáculo de la naturaleza que se yergue ante él.

El poeta es un transformador de potencias; la poesía, lo real humanizado, transformado, así como la luz eléctrica es la transformación de una energía temible y mortal a demasiada alta tensión. El poeta sustituye lo real verdadero por lo real imaginario. Y es el poder, son los medios de elevar esa realidad imaginaria a la potencia de realidad material, y aun de sobrepasarla, transmutándola en valor emotivo, lo que verdaderamente constituye la poesía.

Sin ese poder de sustituir la realidad por la imagen que se tiene de ella, y de establecer su mundo a partir de esta imagen, y no sólo según los datos exactos que derivan de lo real, el hombre hubiera permanecido esclavo y su condición no se habría elevado por encima de la de los otros seres que viven y vegetan a su lado. Hay que ver entonces en la poesía el medio más alto y eficaz de liberación para que el hombre pueda cumplir con su fabuloso destino, a pesar de los sometimientos que le impone la naturaleza.

La sensibilidad del hombre es única en el mundo. Si bien el goce y el sufrimiento no son su exclusivo privilegio, se sabe que la calidad del goce y del sufrimiento alcanzan en el hombre un grado considerablemente mayor por la conciencia que le ha sido dada. Y es muy probable que, si por el poder de su imaginación no hubiera podido reducir todo a imagen, habría sido borrado de la faz de la tierra casi inmediatamente después de su aparición. Gracias a este poder pudo disponer, en el plano material, de medios de ataque y de defensa mucho mayores contra los otros animales mejor dotados.

Pero fue contra sí mismo que debió defenderse enseguida. Contra la formidable presión de su propia conciencia frente al espectáculo del inextricable embrollo de las fuerzas desencadenadas de la naturaleza, al que estaba obligado a darle, a cualquier precio, una explicación válida. No correspondía a su



**Maternidad**

especie permanecer ínfima y miserable a ras del suelo. Levantó los ojos y fue, de pronto, a buscar su destino en el cielo. Pobló las selvas impenetrables y los mares infranqueables con espíritus hechos a su imagen. Creó seres cómplices para que le hicieran compañía y en ellos delegó poderes desconocidos, oscuros y ciegos, de los cuales padeció ultrajes sin poder someterlos ni vengarse. Tuvo en ellos amigos superiores o enemigos implacables. Creó dioses que fueron una imagen del hombre tal como él supo soñarse. Imaginó los medios de volverlos propicios,

mediante el sacrificio, cuya eficacia extrajo de sus propios recursos espirituales. Pudo así comprender, poco a poco, y a su manera, el modo de ordenar y someter a la naturaleza. En ella tomó su lugar y para conservarlo nunca pudo abandonar la lucha. Todo esto fue generalmente admitido en los tiempos antiguos. Pero quiero decir que la obligación del hombre de hacer frente a las fuerzas que se oponen al cumplimiento de su destino, no ha cesado, y es probable que no cese jamás, ya que casi el único medio del que dispone para triunfar en esa lucha es el de la imaginación. Por ello no resulta ni descabellado ni paradójico atribuir a los poetas, cualquiera sea el medio de expresión que utilicen, el papel más importante en la actividad desplegada por los hombres en la conservación, la compostura y la marcha de la humanidad, según su rango y nivel. El poeta no es sin duda, el único creador de imágenes. El no es el único hombre que habla, y como el lenguaje es imagen, todos los hombres son, en cierta medida, creadores de imágenes. Pero el poeta es precisamente quien lo advierte y quiere expresarlo mediante imágenes. El es quien ha decidido asumir la responsabilidad total de la función de ese misterioso mecanismo por el cual una cosa real se transforma en otra que no lo es, pero que, en el dominio humano, adquiere el mágico poder, infinitamente útil, de hacer más vivible la realidad. Es quien, sensible como ningún otro a los rigores y al sabor de lo real, descubre relaciones más justas, más lejanas o más enigmáticas entre las cosas.

Se ha dicho alguna vez que todo hombre lleva dentro de sí a un poeta, muerto joven, a quien sobrevive. Yo diré que todo hombre conserva en su interior por lo menos algunos rastros de poesía, gracias a los cuales, cuando va hacia las cosas, lo hace con cierto placer. Desde que el hombre introdujo la poesía en el mundo, sabe que debe mantenerla allí a cualquier precio. Sabe también que le es útil, y su instinto y su inteligencia lo preservan de considerarla de otro modo. Ella constituye el plano donde se libera la conciencia, en el cual ésta deja de conocerse sólo para interrogarse, sin lograr justificarse, ni explicarse. La poesía expresa el estado en el cual sus facultades se ejercen sin la preocupación de obrar simplemente por obrar, ya que ella es



el acto puro, el acto de suprema liberación, el único por el cual el hombre, en tanto poeta, puede alcanzar en su interior el sentimiento de existir en plena libertad.

La conciencia es lo específico del hombre, el grado de conciencia lo específico del poeta. La poesía fue, y siempre será, el más noble producto de la conciencia perturbada del hombre en contacto con la realidad que se opone a su sueño divino de plenitud, de felicidad y de libertad. Dotado de conciencia y privado de poesía –ya que sólo ella le permite descargarla y liberarla fuera de toda restricción– el hombre había permanecido sobre la tierra como el más miserable y desubicado de los animales.

Podemos experimentar dificultades en imaginar lo penoso de los orígenes del hombre sobre la tierra, nosotros que ya no vivimos en grutas, pero ¿quién se atrevería a sostener que, fuera de sus numerosas comodidades puramente materiales, su condición moral haya disminuido hoy en día?

¿Quién podría decir, enfáticamente, que la inextinguible necesidad de libertad que anida en el hombre, ha podido ser satisfecha? ¿No siente, por el contrario, que los incansables esfuerzos realizados a lo largo de su prodigiosa y agobiante historia sólo lo han conducido a un nuevo sometimiento, a una servidumbre aún más hipócrita, y que no por más refinada y compleja es menos insoportable?

La poesía parece, pues, seguir siendo el único punto de altura desde donde el hombre puede contemplar, para suprema consolación de sus miserias, un horizonte más claro, más abierto, que le impida caer en la desesperación total. Hasta nuevo orden, hasta un nuevo y quizá definitivo desorden, habrá que buscar en esta palabra el sentido que en otro tiempo tuvo la palabra libertad.

Enero 1948

Tomado de *Cette émotion appelée poésie, écrits sur la poésie (1932 - 1960)*